

El Labriego



Oswaldo
Garigliano

Para Adriane, que tanto
he trabajado por nuestra
solidaridad! Con cariño

Roquel

Octubre 2019

EL LABRIEGO

Oswaldo Garigliano

1996

SANTA FE - REPUBLICA ARGENTINA

EL LABRIEGO

Oswaldo Garigliano

Dibujo de tapa: Gabriel Villot

© Ediciones de la cortada

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

ISBN 987-9104-10-2

*Mi homenaje a todos los labradores
del pasado, del presente y del futuro de Suardi,
mi querido pueblo natal.*

Oswaldo Garigliano

LABRADOR (*)

HERMANO labrador, hijo del alba,
destello del hermoso amanecer...
Tú que apagas las últimas estrellas
encendiendo en las rejas de tus huellas
los pinceles del suave rosicler...

Hermano labrador —nombre tejido
con la urdimbre de lengua matinal—,
que adormece el canto de los grillos
y despiertas los tiernos pajarillos
en el bosque que rompe su cristal...

Hermano labrador, orfebre humilde
que dispersas tus joyas por doquier..
Tú que adornas los campos con la gualda
de la espiga, y engarzas la esmeralda
del aljófara que baña el alcacer...

(*) «Labrador» pertenece a «Canto a Morteros»; *Juegos Florales*; Junio de 1945

Hermano labrador, también tú vienes,
también traes el zumo de tu don:
con el arpa garzul de los trigales
vas vertiendo tus dulces madrigales
en la rima sutil de tu canción.

También vienes rezando tu salmodia
en este día de tu corazón...
También tú vienes con el alma plena
desgranando la cántiga terrena
en las ondas de oculto diapasón.

Grande es tu fruto, labrador humilde.
Grande el presente que tu vida da:
en la quietud de iluminada senda
viene llegando tu lozana ofrenda
que a los umbrales de la fiesta va.

Viene radiante con la luz del alba
que tantas veces encendió tu ser...
Viene galana por el labrantío
recogiendo las perlas del rocío
en el cáliz del bello amanecer.

Viene en la yunta que apacible pasa
por fértiles campiñas a través,
viene en la luz de la irisada reja
que en las heridas de la tierra deja
cálida cuna a la dormida mies.

Viene en el aura que acaricia el grano
en la mano del dulce sembrador,
viene en el viento maternal que mece
la semilla fecunda que florece
en columpio de seno arrullador.

Viene en las horas de la siega ardiente,
en la cadencia de la alegre voz
que en el recio calor de la faena
acompaña la antigua cantilena
al vaivén luminoso de la hoz.

Viene en la trilla de las eras ebrias
con su aurífera lluvia, al desgranar,
viene en los copos de la nieve fina
que derrama la albura de la harina
con la vieja canción del molinar.

Y allá... a lo lejos, desde donde viene,
cual racimos de férvida oblación,
brilla copiosa floración del campo
que resplandece con fulgor de lampo
desbordando fragante emanación.

Donde la brisa desgarró sus tules,
en la espina escondida del zarzal,
el céfiro despliega el lene velo
en la alfombra del verde terciopelo
que tejiera tu mano en el erial.

Donde erraba anhelante la mirada,
 en las áridas tierras, al llegar,
 hallan los ojos encantado abrigo
 en el lecho magnífico del trigo
 y en las sábanas lilas del linar.

Donde el pecho rasgara sus anhelos,
 en la estéril floresta del palmar,
 el vigor de la tierra se levanta
 en el fruto maduro de la planta
 que prodiga su espléndido manjar.

Donde la sed quebrara sus cristales,
 en los labios del páramo mortal,
 abre la tierra su profunda entraña
 y su latido fontanal restaña
 en la copa del fresco manantial.

Donde entonces callara la serpiente
 bajo el grito terrible del jaguar,
 vuela un canto de paz en los mugidos
 y en el tierno temblor de los balidos
 que se mezclan al mágico trinar.

Canta la tierra su canción perenne
 en las frondas del bosque y del vergel,
 y suspira en las pomas de la huerta
 y en la fragancia de la flor abierta
 que ilumina purísimo joyel.

Se abre el camino con su simetría,
 se alzan los muros del tranquilo hogar,
 y el fervor de las almas se estremece
 contemplando cuán vívida florece
 la semilla arrojada en el solar.

Hermano labrador, también tú vienes...
 También traes el zumo de tu don...
 Con el arpa garzul de los trigales
 vas vertiendo tus dulces madrigales
 en las ondas de alada vibración.

¡Grande es tu ofrenda, labrador humilde!
 ¡Grande el presente, hermano labrador!
 Con la emoción del corazón sencillo,
 a tu lado, gozoso, me arrodillo
 en el templo infinito del Creador.

POETA Y LABRADOR

CANTO I

Poeta, porque eres alma...
Labrador, porque eres tierra...
Y vas, espíritu y polvo,
recogiendo lo que siembras...

¡En una mano el arado
y en la otra mano una estrella!

CANTO II

Eras puñado de arcilla,
inerte, sobre las piedras.
Manos que no conociste
modelaron tu presencia...

Rocío de un cielo nuevo
mojó la arcilla sedienta
y tu ser tuvo el susurro
de una sabia mensajera...

Labios de boca divina
soplaron luz, vida y fuerza,
y su voz fueron los versos
del Amor y la Belleza...

Ser de tierra, labrador.
Fulgor de cielo; poeta.

¡En una mano el arado
y en la otra mano una estrella!

CANTO III

El sol encendió su llama
en el llar de tu vivienda;
ya estabas sobre la yunta
con las últimas luciérnagas.

El cincel del mediodía
labró tu bronce en la huella.
La tarde cerró sus párpados
en tus pupilas abiertas.

La luna bajó de noche
para encenderse en tu reja
y alumbrarte el surco nuevo
con su lámpara harinera.

Aprendiste de tu Dueño
a modelar cosas muertas
y a soplar en sus arcanos
con los versos de la idea.

Y presentiste el milagro
que se abrirá en la turgencia
del manantial de la roca
bajo tu vara labriega.

Arrojaste la simiente
—soplo divino que llevas—
y los campos florecieron
en tus fértiles praderas.

Y marchas por los eriales
con la pluma de la reja
dejando versos de espigas
en el libro de la tierra.

Con la canción campesina
que desgranas en la melga:
como mies de la palabra
florecerá tu poema.

Ser de tierra; labrador.
Fulgor de cielo; poeta.
Y vas, espíritu y polvo,
recogiendo lo que siembras.

¡En una mano el arado
y en la otra mano una estrella!

CANTO IV

Una campiña sembrada
dormida en fértiles sueños.
Un hogar arrodillado
y un bosque velan su lecho.

Un olivar acunado
en la quietud de tu huerto
y una paloma anidada
en sus ramajes añejos.

Un arrullo que se ondula
en la lira del zureo...
Y una rapa que regala
la fragancia del renuevo.

Paloma que en la alborada
llega al arca de tu alero
trayendo ramos de olivo
como holocausto fraterno.

Ofrenda de paz celeste
que desciende al lar terreno...
Alianza blanca de un ala
que enlaza la tierra al cielo.

Paz luminosa del alba
que viene rasgando el velo...
Paz melodiosa del campo
que canta en labios del viento...

Paz del bosque que despierta,
libre el trino y libre el vuelo,
en un himno sin fronteras
de espirales y gorjeos.

Paz sublime en la figura
de la aurora y del labriego
cuando más cerca y hermosos
están la tierra y el cielo.

Paz del surco respetado
del arado y del sendero
que van rimando las aves
en pacífico cortejo...

Paz fecunda de las hazas
ofreciendo el canto trémulo
de la boca de la tierra
que sonríe en el granero.

Paz suprema del paisaje,
arco iris del universo,
de la luz y los colores,
de lo pequeño y lo inmenso...

Paz de la tarde silente,
de la noche y sus luceros,
paz votiva en la tibieza
de la lámpara y del fuego.

Paz dorada de la harina
sobre el mantel hogareño...
Paz del soplo incomprensible
en el suspiro del pecho.

• • •

Labrador, oí tu canto
en el adiós del lucero.
Acompañabas sus notas
con la música del predio...

Pajarillos que despiertan
con el cristal del gorjeo.
Flores que lloran de gozo
el rocío de sus pétalos...

La aurora rompió su búcaro
y abrió en el son de tus ecos
un olivar de horizonte
y una paloma de Febo...

CANTO V

Como mieses elegidas
de renovadas cosechas
tus propios hijos maduran
alrededor de tu mesa...

Desde el vigor de tu tallo
se vierte una grana plena
de pupilas verdiazules,
de doradas cabelleras...

Ojos bañados de cielo
con luz de sol y de estrellas;
ojos llenos de rocío
de esmeraldas sementeras...

Mejillas ebrias de vida
—el polvo es sangre en las venas—
como cepa que se nutre
de la savia mensajera...

Labios que dicen sonrientes
desgranada cantinela
con la escala renacida
del idioma de la tierra...

En cada mano apretada
tu propia arcilla renueva...
En cada mano tendida
otra promesa labriega...

En cada paso aprendido
va otra huella y va otra reja...
En cada nueva mirada
la pupila de otra estrella.

Tú sembraste la semilla
que germinó su presencia...
Tú sembraste la simiente
que sus cuerpos alimenta...

Tú alentaste el sopro eterno
que alumbró su azul conciencia...
Tú amasaste el pan sagrado
del espíritu y la idea...

Y ondulaste el pensamiento
cual la brisa tus praderas
y soplaste la palabra
como el viento entre las eras...

Y alrededor de tu ser
canta un himno su cadencia
mientras renuevas tu pan
sobre el mantel de la mesa...

El tiempo desgranará
con su ritmo y con su aceña
las espigas que creaste,
su alegría y su potencia.

La mano fiel de la vida
arrojará a nuevas tierras
semillas de humanidad
de tu límpida cosecha.

No temas tú, labrador,
no estarás solo en la ausencia,
que en el germen arrojado
va tu sopro y va tu estrella.

Sonríe, que en tu sonrisa
se abre una hoz de belleza...
Canta feliz, que en tu canto
rima el vaivén de la siega.

Sonríe, que están maduras.
Sonríe, que vuela en ellas
una promesa de pan
a las razas venideras.

Sonríe, que va en tu mies
generación de pureza
cantando tus alabanzas
al viejo son de la siembra...

«Creced y multiplicaos»,
—tuya es la máxima eterna—;
por cada grano que arrojas
tendrás colmadas tus eras...

Por ese mismo camino
va tu mano y va tu reja...
Por ese mismo sendero
verás la luz de tu estrella...

CANTO VI

Ruedan las últimas hazas
en tus piedras molineras
y guarda paz de su harina
la austeridad de tu mesa...

El Señor te dio buen tiempo.
Fue más buena la cosecha.
Varios carros de tu grano
se volcaron en la aldea...

No pesaste el sacrificio
ni contaste las monedas;
ni enseñaste de tus manos
las cicatrices abiertas...

Te vieron templado y recio
al guardarte tu talega.
No miraron tus espaldas
Ni tu ropa de faena...

Caminando lentamente
te alejaste por la aldea.
En el templo desgranaste
tu oración y tus ofrendas.

Descubriste en tu regreso
un erial de la miseria
y en la arcilla de sus manos
le sembraste tus monedas.

Vana semilla, dijeron,
de tu dádiva fraterna.
(Vanos los ojos humanos
sin la luz de la pobreza.)

Regresaste con tus hijos
en la rústica carreta
con tu carga de esperanzas,
de tu amor y tu conciencia...

No temas. Menos molienda
tendrán tus arcas terrenas,
pero en el cofre del cielo
tendrá más puntas tu estrella.

CANTO VII

Cuando tú cierras los ojos,
labrador, todo dormita:
el cantar de tus hermanos;
de tus árboles las cítaras...

El arado que descansa
abre surcos en la brisa
y en su seno siembra el canto
de la tierra anochecida.

Labrador, vine del mundo
con mis lámparas vacías
a encender cenizas muertas
con la luz de tu poesía.

Labrador, traje en mis ojos
el dolor de la fatiga...
Era ya tarde la noche
que visité tus campiñas.

Sentí en mi rostro el jadeo
del aura de una caricia
como el eco de tu aliento
de jornadas labrantías...

Tuve sed. Probé en tu huerta
rocío de florecillas.
¿Acaso tú no regaste
tu sudor cuando carpías?

Me abrevó con agua fresca
tu fontana cristalina.
El milagro de tu vara
curó mis plantas heridas.

Caminé por tus alfombras,
tapiz de hierbas heñidas,
y olvidé el duro desierto
de mi angustia peregrina...

Siguió mi pie los destellos
de tu estrella detenida.
Llegué a tu humilde morada
por caminos sin espinas.

Temblé al llamar. Me detuve.
¿En dónde hallar tu poesía?
¿En el sueño de tu cuerpo
o el insomnio de tu espiga?

Dejé en tu umbral mis sandalias;
sentí savia siempreviva
que ascendió con la plegaria
de mi voz y mis rodillas.

La mente extendió sus alas;
 busqué rumbos en tus rimas
 por descifrar el arcano
 de la luz y de la arcilla.

En la penumbra del templo
 que el universo ofrecía
 titilaban las estrellas
 como lámparas votivas.

Y en los órganos ocultos,
 como lírica elegía,
 desgranaba su misterio
 la canción de tus campiñas...

¿Del enigma de la tierra
 quién reza su cavatina?
 ¿Qué manos corren tan suaves
 sobre el arpa de la espiga?

Es que rondan, labrador,
 en tu música y poesía,
 las manos que modelaron,
 los labios que dieron vida...

Calcé otra vez mis sandalias,
 mis lámparas encendidas;
 tu savia dejó en tu prado
 el dolor de mi fatiga...

Tu estrella siguió la ronda
 de tu noche campesina...
 Yo me llevé los secretos
 de la luz de tu poesía...

El alma, resucitada
 de tu humildad aprendida,
 llevaba llena mi alforja
 de tu dádiva divina...

CANTO VIII

Mañana estará acallada
 tu sencilla cantinela
 y en un lecho de cenizas
 yerto el leño que encendieras...

Inmóvil el viejo arado,
 detenida ya tu estrella,
 y tus manos enlazadas
 en la súplica suprema...

¡Qué triste vendrá la aurora
 por la campiña desierta!
 La yunta saldrá ese día
 por tu camino de ausencia.

Bajo la azada brillante
de rudas manos labriegas
se abrirá el último surco
de la siembra postrimera...

Sembrarán tu cuerpo frágil
como simiente de tierra
y ascenderá tu alma al cielo
como semilla de estrellas.

Con un puñado de arcilla
daré en silencio mi ofrenda
y a la besana celeste
mi plegaria y mi promesa.

Una gota de rocío,
en cada espiga suspensa,
será el adiós de una lágrima
en la página postrera.

Rezarán los labradores
la oración de la molienda
y cantarán tu salmodia
coros de ángeles poetas...

El sol, oro de tu trigo
derramará por doquiera;
la luna, al llegar la noche,
toda tu plata harinera...

El polvo retoma al polvo,
el alma vuelve a sus eras,
en la trilla prodigiosa
de la divina cosecha.

Manos que no conociste,
labios de poesía eterna,
volverán a unir mañana
el espíritu y la tierra.

¡En una mano tu arado
y en la otra mano tu estrella!

LABRIEGO

Surcos de versos abriré por huellas
en la campiña que a mi amor entrego:
es mi pluma la reja de un labriego
que ara la tierra por sembrar estrellas.

Encenderé con alboradas bellas
de mis jornadas el oculto fuego,
y apagaré con vespertino ruego
el carillón que despertare en ellas.

Iré sembrando con humilde veste
bajo un cielo pletórico de galas
cortejo de aves de aletear celeste...

El alma ascenderá por sus escalas,
y sentiré sobre mi espalda agreste
una vibrante plenitud de alas.

LA ESPOSA DEL LABRIEGO

Santa esposa del labriego,
Santa madre de sus hijos,
tu vida has dado por ellos,
dorando el pan de sus trigos.

Con los más hermosos granos,
tu labrador te ha enhebrado,
un rosario se semillas,
por tus retoños dorados.

Santa mujer, santa madre,
es la esposa del labriego
que en su hogar y con su fe,
a Dios ofrendó sus ruegos.

EL HIJO DEL LABRADOR

Como el hijo del rey, tu niño tierno,
carne del alba, angelical criatura,
guarda bajo su agreste vestidura,
esperanza y amor, mandato eterno...

Cual regias trompas su apagado cuerno,
se adueña de la tierra y de la altura,
y son tuyas la luz y la hermosura
aunque es humilde el corazón paterno...

Tu niño ha despertado con la aurora
y marcha como el sol tras de los bueyes,
doblado el cuerpo y la canción que implora...

Nada destruye las divinas leyes:
Bajo el solio de Dios lo mismo mora
el hijo labrador que el de los reyes.

LA HIJA DEL LABRADOR

Como espigas ceñidas a tu cuello
se han dorado tus trenzas en las eras:
trigo virgen nacido en las praderas
de la rubia semilla de un destello.

De tu cuerpo en el cáñamo más bello
se columpia tus mies. Las sementeras
van rimando sus blondas cabelleras
al trigueño vaivén de tu cabello.

Alba de oro y de aljófara, en tus manos
tu blanco peine suavemente trilla
tus espigas de auríferos arcanos.

Sueltan tus trenzas la garzul gavilla
mientras cae la lluvia de sus granos
derramando su luz en tu mejilla.

LABRADORA DE LA NOCHE

La luna, con hoz de plata,
va segando en sus praderas.
Labradora de la noche
con su yunta y su carreta...

Por el cielo anochecido
con su madeja de seda
ata un haz con las espigas
en la luz de cada estrella.

La luna, velado el rostro
de hebrea de la leyenda,
enciende su arco auri azul
con el vaivén de la siega...

Se adormeció sobre el monte
de tanto ceñir las hebras
y ha clavado la segur
en un pico de la sierra.

Se abrió una herida en la cima
y, por la noche labriega,
lleno de sangre de plata
baja un arroyo la cuesta.

Volverá, noches de ronda,
con su yunta y su carreta,
a llevarse las espigas
que dejara prisioneras...

Cantarán catorce grillos
el chirrido de sus ruedas
y los coros de las charcas
serenatas plañideras.

Caerán áureas gavillas
a las aguas de la tierra
y engañada en sus espejos
bajará por recogerlas.

Surcará mares y ríos,
las fontanas y los deltas,
en su góndola de nácar,
labradora marinera.

Al quebrarse los cristales
llorará por su inocencia
y aun irá tras el engaño
de las tímidas luciérnagas...

La luna saldrá del mar
como una ostra entreabierta.
La luna saldrá del agua
toda vestida de perlas...

Segará con los luceros
margaritas y azucenas
y el jazmín de cinco puntas,
candelabro de tristeza...

La magnolia agonizante,
luna triste de la huerta,
y el perfume constelado
de la blanca enredadera.

Seguirá en azul de grama
la fugaz y nivea estela
del dolor del floripondio
que rodó de la glorieta...

Y vendrá catorce noches,
más colmada su carreta,
labradora de las sombras
recogiendo su cosecha.

Y se irá catorce noches
a sus eras solariegas
a verter su plata y oro
tras el velo de la tierra...

La luna se fue del valle,
la luna que todo siega...

La luna segó esta noche
las espigas de mi estrella...

NAVIDAD LABRIEGA

No hay nieve en el umbral ni en los aleros,
en las melgas del valle y los alcoces,
pero lucen los blancos miradores
que la luna cubrió de jazmineros.

No entonan villancicos los copleros
con el cuerno cerril de los pastores,
pero cantan humildes labradores
y es de dulces el pan de sus graneros.

Sólo hay oro de espiga en el retablo.
No acamparon los reyes en la tienda
de la austera pobreza del establo...

Levó la yunta incienso por la senda
y sembró el labrador, reja y venablo,
la mirra y trigo de divina ofrenda...

INDICE

LABRADOR	7
POETA Y LABRADOR	13
LABRIEGO	29
LA ESPOSA DEL LABRIEGO	31
EL HIJO DEL LABRADOR	33
LA HIJA DEL LABRADOR	35
LABRADORA DE LA NOCHE	37
NAVIDAD LABRIEGA	41

 **ediciones**
de la cortada